

colegios suizos se titula *La Escuela de la pureza*; el otro, *What young people should know* (Lo que debe saber la juventud). Me aseguran que en muchas escuelas de América del Norte, lo tienen entre las manos los discípulos de doce años. Tu cuñada, querida Francisca, ó la señora Demonville, se asustarian ante la idea de poner uno de esos libros ante los ojos de sus hijos... Y, sin embargo, son los dos libros que tienen razón, porque son la línea recta, la sinceridad, el ánimo, en tanto que el sistema de la señora Demonville y de tu cuñada es querer y no querer, es tratar hipócritamente á los niños, como si éstos no supieran lo que saben y como, si delante de ellos, no se emplearan ciertas libertades de lenguaje.

Lo cual es una doble cobardía.

CARTA VIGÉSIMATERCERA

La vida interior en Ambleuse. — Un caserón intacto. — La biblioteca. — Sesión instructiva. — Griego, latín, francés, lenguas modernas, ciencias. — Fracaso de la nueva pollada. — Una conferencia sobre el arte de aprender.

Lo que me agrada, querida Francisca, en este lindo Ambleuse, además del silencio propicio, es que las gentes y hasta las cosas parece que conspiran para defender y templar la vida interior. Jorge de Lespinat es, sin duda alguna, el más encantador ejemplar de la « nueva pollada » entre todos los que conozco : ademanos correctos y elegantes, inteligencia cultivada como sólo la poseen ciertos autodidácticos escogidos, alma ardiente y corazón firme : yo adivino las inclinaciones simultáneas que originan en él la coqueta Blanca y la tierna Silvia. Su padre, en primer lugar, parece un gentilhomme campesino como se encuentran á centenares en las provincias de Francia : la caza, el campo, una política limitada á los intereses de culto y de clase, lectura de una docena de libros por año : todo esto revela de pensamiento su conversación afable y pulida... Pero ahora sé por confidencias de Jorge que este colono-cazador vivió en su juventud, y continúa viviéndola, una novela á lo Jorge Sand. En otro tiempo, tras una adolescencia indomable, conoció á una joven de su rango, vecina suya, de la cual se enamoró inmediatamente; se declaró; casóse, y vivió ocho años de una felicidad celosa y solitaria. La muerte de su esposa, arrebatada por una crisis de apendicitis aguda, le dejó solo con un niño de tres años. Desde entonces se consagró á la educación de su hijo y al recuerdo de la desaparecida. « ¡ Papá ha amado siempre á mamá más que á mí ! » me dice Jorge, no sin algo de tristeza, porque adora y

admira á su padre. Éste, me dice Jorge, pasa largas horas en su cuarto con los retratos y objetos que fueron familiares á la única mujer que ha querido. Lo que Jorge no me dice (pero yo lo he adivinado en sus reticencias y también á través de ciertas frases de mi huésped) es que M. de Lespinat, en fuerza de tanto pensar en la muerta, ha incurrido en una especie de espiritismo. Cuando ha echado el cerrojo de su puerta, durante las horas en que no se dedica á la caza ni á las tareas campestres, evoca á la ausente — estoy seguro — conversa con ella, la ve... ¿Quién se atreverá á burlarse ó censurarle? Tales extravíos de la sensibilidad son más excusables que el olvido.

Así germina, bajo este viejo techo, un discreto fervor de pasión. ¡ Pero estos viejos techos, estas viejas paredes, estos muebles que no se han cambiado desde Brault de Lespinat (el cual, entre paréntesis, fué también un gran apasionado y raptó, siendo palaciego, á su novia de un convento) esta Ambleuse antigua, cuánto favorecen la fermentación sentimental! Entre nosotros, que la habitamos actualmente, y la época del enamorado señor de aguas y bosques, no falta, por así decirlo, más que un eslabón á la cadena de los recuerdos. No se ve aquí el laborioso conjunto de mobiliario « auténtico » rebuscado en casa de los más célebres anticuarios de París, como se ve en muchos castillos, como se ve en Chambon : se ve, por el contrario, la estratificación sucesiva de las épocas, fin del siglo XVIII, primer Imperio, Restauración, segundo Imperio, fin del siglo XIX. Los Lespinat tenían un alma conservadora. Cuando vino la moda de los sillones sedosos y de los *boudoirs* de paredes tapizadas con seda, no se inquietaron. Relegaron en las habitaciones de amigos los deliciosos canapés Luis XVI, los sillones de respaldo oval, las tapicerías representando escenas campestres; pero no destruyeron nada y todo se guarda cuidadosamente. Y así, cuando volvió el gusto por las cosas hermosas, el padre de Jorge no tuvo sino que colocar en su sitio los muebles de su tatarabuelo, en tanto que el estilo Luis-Felipe y el estilo Napoleón III iban á guarnecer las habitaciones más apartadas.

El mueble más intacto de este caserón es la biblioteca... Ningún cambio en ella desde su origen, á no ser el acrecentamiento progresivo, hecho por cada generación, del modesto tesoro : modesto, porque no contiene ningún libro de alto precio y, lo más precioso es que la fortuna les ha venido reposando en los estantes : por ejemplo, á esta edición en rústica de Stendhal, cada uno de cuyos volúmenes valía algunos francos cuando apareció, cuesta hoy diez *luis*es... La hermosa tradición de la lectura francesa durante estos treinta años, está inscrita en los estantes grises, un poco doblegados por el centro, á lo largo de los muros de la gran sala rectangular. Pocas obras anteriores al tiempo de Luis XVI; algunos in-folios griegos y latinos nada más; un hermoso Strabón, un Ausonio. Un Montesquieu en tres tomos... El Voltaire de Kehl; el Rousseau con bonitos grabados... El abate Prévost en treinta volúmenes... la *Historia Universal* en ciento veinte y nueve, « traducida por una sociedad de literatos. » *Historia de los viajes*... *Tom Jones*... *Laoclos*... Todos estos volúmenes parecen llevar una especie de uniforme : la encuadernación de piel de toro, muy dorado el lomo y rojos ó jaspeados los cantos. En el cuadro que cubren, su yuxtaposición dibuja una hermosa tapicería cordobesa... Al lado, más numerosas, las ediciones de otra época fecunda, la abundante cosecha de 1815 á 1830, los clásicos de Didot y de Lefèvre, con su doble encuadernación, con su forma cuadrada ó de escudo, y también con sus encuadernaciones puramente románticas, con originales arabescos dorados, con el título en el centro del lomo, entre dos grandes paréntesis horizontales. ¡ Tiempos benditos para las bibliotecas francesas, tiempos de ediciones en octavo, con clara tipografía, márgenes generosos, grabados bien hechos! Saludo de pasada á los elementos inmutables de las colecciones del castillo : las historias de Ségur y de Norvins; *Historia de París*, de Dulaure; *El Liceo*, de la Harpe. Aquí está *Tristán el Viajero*; aquí el *Joven Anacarsis*, con su atlas; aquí las obras de M^{me} Riccoboni; aquí el *Repertorio del teatro francés*; aquí el *Teatro de los Griegos*, de Brunnoy; aquí el Shakespeare de Letourneur y el Byron de Pichot. ¡ Y no faltáis vosotros á la cita, venerables colecciones de Wálter

Scott y de Cooper, traducidos por Defauconpret; ni Chateaubriand, ni Béranger, ni el Balzac de Houssiaux!

Demasiado frecuentemente, en las bibliotecas de castillo, el Balzac de 1855, es la adquisición más reciente. La curiosidad castellana parece haberse dormido súbitamente en esta fecha. Algunos Sand, algunos Labiche desperdigados... en espera de nuestra época. La biblioteca de Ambleuse no es así, gracias á la cultura intelectual de los propietarios sucesivos, que no han descuidado adquirir las grandes novelas de últimos del siglo XIX, ni los hermosos libros de la crítica moderna, ni los filósofos contemporáneos. Y, pasando por Taine y Brunetière, llegamos hasta Pedro Louys, la condesa de Noailles y Abel Bonnard, comprados por Jorge de Lespinat.

* * *

En este palacio de libros, en el que ordinariamente reina un silencioso recogimiento, resonaron ayer tarde cascadas de risa, protestas, disputas entre la nueva pollada. Verás cómo fué.

En una conversación con la señorita Cecilia Bernier, la amiga « intelectual » de los pequeños Demonville, en el curso de cuya conversación esta rubia chiquilla me molestaba con su pedantería, le declaré que, en opinión mía, sus contemporáneos y contemporáneas presentes, ella incluida, no *sabían* casi nada, en el sentido estricto y verdadero de la palabra, á no ser jugar al *tennis*, patinar y algunos términos, poco numerosos y mal comprendidos, de lenguas extranjeras. De este juicio excluía á Jorge de Lespinat, entre los « mayores » y á Pedro y Simona entre los « pequeños... » ¡ No puedes imaginarte la indignación de nuestra intelectual de falda corta!... Faltó poco para que me injuriara. Como yo sostenía lo dicho, Cecilia llamó en su socorro á todo el resto de la banda y bien pronto tuve que hacer frente á los tres Demonville, á Noël, á los dos Footner. Estos últimos protestaban sin violencia y sólo, según pude comprender, por el honor de Inglaterra. Únicamente Silvia callaba contenta de que hubiera yo exceptuado de mis severidades á Jorge... Me desafiaron á probar mi afirmación: la ignorancia y la ausencia de cultura real

en la nueva pollada. Acepté el desafío. Y convinimos en que el primer día que la lluvia impidiera las excursiones y los juegos al aire libre, la juventud de los tres castillos vecinos se reuniría en la Biblioteca de Ambleuse, que á todos nos pareció el campo más conveniente para este torneo del espíritu. Yo haría á cada uno de los jóvenes señores reunidos una pregunta « razonable » sobre las materias que, normalmente, pueden y deben conocer los individuos de su medio y de su edad. Si la unanimidad de los concurrentes proclamaba que la pregunta estaba « fuera del cuadro », me conformaría y haría otra.

(Ya te oigo, Francisca, exclamar: « ¡ Dios mío y qué pícaro es usted, querido tío! » — Sea, sobrina. Les he atrapado; pero en estos tiempos en que son tan contadas las personas que tienen el gusto del estudio, ¿debemos censurar á los que guardan el de enseñar?)

... No me ha sido difícil componer en mi cabeza el *menu* de estos ágapes instructivos. Anteanoche, después de un día demasiado radiante, el cielo se cubrió de nubes á la puesta del sol. Una fina niebla empapó los primeros centales de la noche; ayer mañana, al amanecer, llovía copiosamente... Á las dos, toda la nueva pollada (excepto Pedro y Simona) piaban en la biblioteca de Ambleuse.

No esperes de mí, querida sobrina, que te refiera detalladamente esta justa memorable. Fácilmente imaginarás que fué agitada en medio de la más ruidosa alegría; pero no transcurrió sin asperezas; que tu tío se atrajo réplicas ácidas, particularmente por parte de Cecilia Bernier, la cual tuvo por un instante lágrimas de despecho en el borde de sus ojos de ambar; pero luego reinó una franca cordialidad y nos separamos buenos amigos. Joven madre cuidadosa de educar bien á tus hijos, lo que te interesa son las preguntas hechas.

Principié el ataque por la cultura antigua, griega y latina. Sam Footner, Guy Demonville y Noël Laterrade hubieran renunciado gustosos á la lucha sin la presencia de las jóvenes que excitaban la emulación. Pero — ¡ ay! — esta parte del examen resultó lamentable. Ninguno de los

presentes supo traducir al griego la siguiente frase, que no tiene nada de particular : « Si yo fuera libre iría á Atenas. »

Solamente Noel Laterrade (gracias al examen á que le someto desde hace algún tiempo) se acordaba del adjetivo *eleuthéros*; pero nadie acertó á construir la frase.

En el examen de latín, en el cual tomó parte Cecilia, pusimos por tema la traducción, con el texto delante, de la oda onzava de Horacio (Libro primero), una de las más fáciles.

Tu ne quæsieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi
Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios
Tentaris numeros...

Protestas de las que tomaban parte. Reclamaban el derecho á servirse de un grueso diccionario. Yo les dije que saber una lengua era, ante todo, conocer su vocabulario : el inconveniente de autorizar á los discípulos para que se ayuden de diccionarios durante una composición, estriba precisamente en que el maestro no podrá saber nunca qué discípulo ha buscado diez palabras, cuál dos solamente y qué otro ha tenido la suerte de encontrar toda la frase traducida. Además es un procedimiento bárbaro y nefasto hacer buscar trescientas veces en el diccionario, durante diez años, la palabra *numerus* al mismo discípulo, en lugar de emplear media hora, si era necesario, en grabar esta palabra, en sus diversas significaciones bien comprendidas, en la memoria de dicho discípulo, y cuidar en seguida de que no la olvide. Yo, pues, exigí que cada uno de los examinandos, efectuara la traducción sin otro auxilio que el de sus conocimientos. Las traducciones se leyeron en alta voz y no fué éste uno de los momentos menos regocijados de la prueba. Lo que, sin embargo, me entristeció fué que ninguno creo que había oído hablar, antes de este día, del célebre *carpe diem*, con que comienza el último verso de la oda. ¿ Creerás que Noel tradujo atrevidamente *carpe* por « carpo »?

Durante este ejercicio, las jóvenes (excepto Cecilia) se burlaron sin piedad de sus compañeros. Pero éstos se desquitaban cuando se propuso á ellas el mismo sistema de traducción rápida del inglés y alemán. Yo había escogido un soneto de Shakespeare, que no tenía nada de difícil, y un fragmento de un artículo del *Berliner Tageblatt*.

El resultado no fué tan desastroso como el del latín y griego; pero, sin embargo, en las traducciones abundaron los errores y equivocaciones; muchas palabras confesaron que las desconocían; la misma May Footner se equivocó en un terceto de su poeta nacional. Se avergonzaron ellas y tomaron ruidoso desquite ellos borrando de golpe toda la galantería é ingenio del *flirt*.

Para agotar el examen de idiomas restábame probar á mis jóvenes franceses que ignoraban su propio idioma. No imité al pedante Mérimée; no dicté problemas de ortografía; es muy fácil hacer incurrir en una falta por línea, en un dictado, incluso á una persona culta, sin que esto pruebe nada en contra de su cultura. Algo más grave es ignorar el sentido de las palabras, y este es el caso más general. Se ignora el de un buen número de ellas y el del resto no se conoce bien.

Les dicté esta reflexión de La Rochefoucauld : *Un hombre hábil debe saber clasificar el rango de sus intereses y conducirlos por orden; nuestra avaricia lo invierte frecuentemente, nos impulsa á acudir á tantas cosas á la vez que, por desear demasiado las menos importantes, no hacemos servir á éstas todo lo necesario para obtener las más considerables.*

¿ No crees, querida sobrina, que es una admirable frase francesa? Es imposible encerrar más exactamente, en términos perfectamente claros, mayor cantidad de ideas.

Una vez dictada rogué á mis neófitos que la tradujeran por escrito, es decir, que explicaran el sentido con otras palabras, como si, por ejemplo, trataran ellos mismos de explicarla á un niño. Jorge tomó parte en el concurso. Hé aquí su comentario.

« Un hombre hábil debe saber clasificar en su inteligencia sus intereses por orden de importancia, á fin de saber,

según este orden, el momento en que ha de ocuparse de cada interés y el esfuerzo que ha de consagrarle. Trastornamos frecuentemente este sabio orden, porque deseamos obtener de una sola vez y en el acto, los fines que deseamos. Quisiéramos acudir á la vez á los asuntos importantes y á los que no lo son; y porque nos domina el deseo inmediato y pueril de tales ó cuales ventajas mediocres, abandonamos otras considerables. El hombre hábil, sabiendo que no puede abarcarse todo, desprecia las ventajas mediocres ó, cuando menos, no las persigue sino en el caso de que sirvan para conquistar ventajas considerables. »

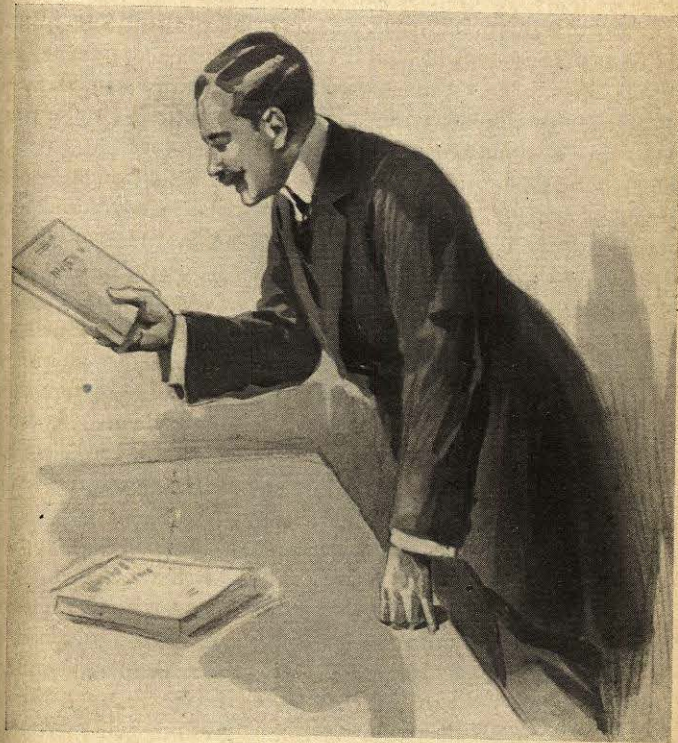
Leí este comentario en alta voz y lo declararon un poco prolijo, pero perfectamente comprensible. Todos los términos y el sentido íntegro habían sido comprendidos y expresados con claridad. Para mi amigo Jorge fué un instante de victoria, que admitió alegremente, sin que implicara triunfo en suma, pues un trabajo de esta índole resulta sencillísimo para un adolescente de su cultura. Silvia se emocionó y enrojeció como si hubiera sido ella la victoriosa. Blanca Demonville aprovechó el incidente para dirigir mil elogios á Jorge y apoyarse en los hombros de éste, hasta rozarle el rostro, á pretexto de examinar lo escrito. Entonces observé que se oscurecía toda la alegría de Silvia.

No debe sorprenderte, Francisca, el que sólo Jorge mereciera elogios. Ninguno de ellos ni de ellas comprendía las palabras « clasificar *el rango* de sus intereses y conducirlos por *orden* »; nadie tradujo sin incurrir en errores « nuestra avaricia *lo* invierte frecuentemente »; todos interpretaron « por desear » « á fin de desear »; en fin, la frase última : « No hacemos servir á éstas todo lo necesario para obtener las más considerables » la explicaron de una manera tan arbitraria, que hubiérase podido creer que se trataba de la traducción, hecha por discípulos negligentes, de un oscuro texto extranjero.

Bastante corridos de una ignorancia que no pudieron por menos de confesar y que sorprendió á ellos mismos, la « nueva pollada » se excusó diciendo que nunca les habían exigido « traducciones francesas ». Yo les repliqué que no lo

dudaba, pero que para un joven francés era más necesario comprender La Rochefoucauld que ciertas novelas idiotas de la biblioteca Touchnitz.

El examen, querida sobrina, continuó en seguida por la



... Principié el ataque por la cultura antigua, griega y latina... (Pág. 245).

Historia, la Geografía, la Aritmética. No estás todavía muy lejana de la época en que eras gentil discípula del Instituto Berquín y te visitaba yo en el locutorio, para haber olvidado las celadas que te tendía con el divertido propósito de hacer caer tu fresca erudición. Os enseñaban en Ber-

quin de una manara muy parca; vuestros programas de entonces no eran nada comparados con los suntuosos de hoy. Pero tú poseías — sin adulación — una hermosa inteligencia, viva, luminosa, pronta, cualidades que todo lo suplen. ¿Qué importan los programas suntuosos? La nueva pollada no sabe de historia, geografía y ciencias exactas más de lo que sabían las « pequeñas de Berquín ». Sus libros de clase traicionan idéntico desconocimiento del espíritu de los discípulos, un desdén parecido de la noción del tiempo, idéntico desprecio de lo que se llama « aprender » y de lo que implica « saber ». He hojeado el Atlas de Noel Laterrade: á pretexto de ayudar la memoria hay en él una sucesión de cuadritos en los que se ven cien Francias confundidas en azul, encarnado, amarillo, verde; hay un mapa de cereales, de algodones y lanas, de remolachas y zanahorias, de la industria del papel! ¡ cien mapas cuyas imágenes está obligado el niño á fijar en su cerebro! ¿Se burla el autor del mundo ó es simplemente un tonto?... En cuanto al curso de historia del mismo Noel, es un volumen de *setecientas* páginas en dozavo, de tipografía menuda, que expone los destinos de Francia desde sus orígenes hasta 1889. Si el autor estuviera al alcance de mi mano, creo que intentaría extrangularle...

Resultado de esta mirífica enseñanza : los mismos métodos con que luchaba mi Francisca en los tiempos del Instituto Berquín, pero de los que triunfaba gracias á su claro ingenio, han desorientado á mis neófitos modernos. Te he recordado algunos de ellos : salúdalos como á antiguos enemigos.

Ni siquiera un discípulo por cada diez (ni una persona mayor culta por cada ciento) sabe, ni aun aproximadamente, la superficie de Francia ó la distancia de Cherbourg á New-York, ni son tampoco capaces de clasificar los Estados importantes por orden de dimensiones. ¡ Y cómica ignorancia si rogamos al examinando que haga un viaje por el Danubio y nombre cinco de las poblaciones porque atravesase! El fracaso será aplastante si se aborda la explicación de los grados de longitud y sus relaciones con el metro :

la base misma de la geografía la ignoran. Expón á cualquiera (á cualquiera que pase por culto) la cuestión siguiente : « Recordar en veinte líneas lo sucedido en Rusia durante el siglo XVI » y recogerás contestaciones absolutamente disparatadas. En fin, para convencerte de que nadie (excepto los especialistas) posee los primeros elementos de aritmética ofrece — como he ofrecido yo á este grupo, ya menos alborotado — el célebre problema que tú y yo llamamos « problema de los cabellos ».

Admitido que una mujer no tiene más de trescientos mil pelos en la cabeza, ¿hay dos parisienses que tengan exactamente el mismo número de pelos? Justificar la respuesta con una demostración...

* *

Uno de los grandes placeres de la pedagogía práctica es que la juventud acepta inmediatamente lo que les parece verdadero y justo. No tiene ninguna prevención. Reunidos en torno mío en la Biblioteca de Ambleuse, la « nueva pollada », bastante avergonzada piaba : « ¡ No nos lo han enseñado !... »

Cuando su emoción pasó, les dije :

— Tenéis razón, queridos míos; no os lo han enseñado... Vuestra ignorancia acusa la inercia de los educadores más que la vuestra. Los que hacen libros clásicos son unos perezosos, porque en lugar de meditar sobre la inteligencia de los niños y adaptar á ella su ciencia, escriben todo lo que tienen en la cabeza, todo lo que han aprendido en los libracos y lo envían á la imprenta. Perezosos también los que confeccionan los programas; porque es infinitamente más fácil componer en el papel el más abundante y escogido *menu* que guisar una modesta comida que, además, sea digerible. Ni siquiera vuestros padres están exentos de pereza, pues creyeron cumplir con sus deberes poniendo en vuestras manos é imponiéndos libros y programas indigestos.

» Os lo digo con tristeza; es ya tarde para cambiar de

método con vosotros. Habéis pasado de los doce años; muchos de vuestros hábitos de comprensión y de trabajo están ya fijados y los arrastraréis toda la vida, á menos de una violenta reacción de energía y de nuevo esfuerzo muy intenso. Faltando esta reacción y este esfuerzo, seréis simplemente individuos iguales á la mayoría de vuestros contemporáneos, de cultura tan poco profunda, que sus inteligencias parecen cultivadas á la manera como cultivaban los labriegos del *agro romano*, que removían la tierra con tocones de árboles... Sabéis el alemán ó el inglés como puede saberlo un portero de hotel; no es una cosa inútil; pero os haré notar que una criada ó un mozo de café aprenden estas lenguas con sólo seis meses de estancia en el país. Conocéis los deportes, pero hay cien probabilidades contra una que no está disciplinada vuestra resistencia para la marcha ni para la carrera; que no os han enseñado á defenderos contra la fuerza; á ponerlos en salvo saltando por las ventanas ó trepando por las paredes en caso de incendio, todo lo cual es más útil que saber lanzar una pelota.

» Dejando á un lado la cultura física, — felizmente restaurada en vuestra generación, pero que no es bastante práctica — voy á haceros ciertas advertencias que podrán seros útiles si, cuando menos, deseáis cultivar vuestra inteligencia.

» El primer conocimiento que importa poseer es el de la PROPIA LENGUA. Por la lengua materna afluye en nosotros todo lo que nuestros sentidos no se bastan para aprender. Nuestra infancia será tanto más rica en ideas cuanto más comprensiva sea; llevará tanto más lejos sus investigaciones sobre el mundo exterior cuanto mejor y más á fondo conozcamos nuestro idioma. Por esta razón fué criminal debilitar vuestro áspero y útil aprendizaje de la lengua materna, martirizándoos con palabras, giros y pronuciación de otros idiomas. Con esto se ha llegado al mirífico resultado de que sabéis un poco, muy poco, inglés y alemán, y conocéis excasamente el francés. Habéis llegado á los doce y dieciséis años y no poseéis ningún elemento perfecto para asimilaros las ideas de otros ni para expresar las vuestras. ¿Cuánto mejor no habría sido ahorrar tantas institutrices extranjeras y

enseñaros el francés á fondo, con su vocabulario, sus giros, su historia, su prosodia, como yo trato de hacer con nuestros amiguitos Pedro y Simona?

— ¿Entonces — exclamó Guy Demonville — no hay que aprender más idioma que el propio?

— ¡No me hagas decir esa tontería! Los idiomas son útiles para la vida y para enriquecer el espíritu; ni siquiera hay que decirlo. Además, su aprendizaje metódico ejercita lo que se llama « el espíritu de análisis ». Muchos de los pedagogos modernos pronuncian enfáticamente estas palabras: espíritu de análisis, y en nombre de éste condenan el método directo, es decir, el método mediante el cual habéis aprendido vuestra lengua, sus palabras, sus giros, sus frases primero y, en seguida, la Gramática.

» Yo les respondería que, en los primeros estudios, el espíritu de análisis de los niños franceses, se ejercita mejor en una frase como la de La Rochefoucauld, cuyas palabras son conocidas, que en un texto redactado en cualquier idioma extranjero, texto en el que la ignorancia del vocabulario desvía precisamente el análisis. No se trata de formar pequeños Sherlock Holmes ni descifradores de geroglíficos, sino de habituar á los niños á reflexionar sobre un texto razonablemente escrito y extraer su sentido. Y en textos franceses es donde vuestro espíritu de análisis debe ejercitarse.

» Un poco más tarde, hacia los nueve ó diez años, aprender un idioma extranjero, será una ayuda para desenvolver el espíritu de análisis. Y, aquí, establezco dos axiomas.

» I. Nada más fácil y entretenido que aprender una lengua extranjera.

» II. Todas las lenguas extranjeras pueden aprenderse siguiendo el mismo método y este modo es el que, sobre todo, importa poseer.

Todos se agolparon inmediatamente en torno de la mesa central y exclamaron.

— ¡El método! ¡Venga en seguida el método!

— El método — continué — se aprende al mismo tiempo que se aprende la *propia* lengua. Para los franceses yo creo que debe ser el latín. Por todas partes encontraréis las

razones de ésta preferencia; pero contentaros con esta, que es de peso: conocer el latín es el camino más corto para saber el francés. Es más corto que enseñar detalladamente por qué « inmenso » no equivale á « muy grande », cómo el verbo « dudar » ha dado rigen al adjetivo « indubitable », etc. Además, el latín es un excelente tipo de idiomas extranjeros para estudiar el método general de aprendizaje. Muy próximo al francés, al español y al italiano por el espíritu y las palabras, es muy diferente por las flexiones, es decir, por las declinaciones y conjugaciones y, sobre todo, en la construcción, el latín, es muy diferente al francés: ocasión para ejercitar el famoso espíritu de análisis. El español se le parece más.

» Pero leo en el móvil semblante de Cecilia Bernier que mis digresiones la impacientan. Abra sus finas orejas, señorita: aquí tiene el método:

» *Aprender primero de memoria y mediante un uso inteligente, el vocabulario y las flexiones.*

» *Aprender los elementos gramaticales haciendo observaciones en la conversación y los libros que se lean.*

» *Encerrar bajo llave el diccionario y la gramática.* Será ocasión de sacarlos (¡no gritéis que es paradoja!) cuando conozcáis la lengua.

» Hé aquí lo que quiero decir al excluir el diccionario y la Gramática.

» Yo os he dicho que encuentro bárbaro el procedimiento que consiste en aprender los diversos sentidos de la palabra *numerus* buscándola un centenar de veces en el diccionario, durante varios años. Nosotros acabamos de comprobar que después de buscarla tantas veces ninguno de vosotros ha sabido traducir: *numeros babilonios*. El vocabulario debe aprenderse directamente, mediante conversaciones y lecturas metódicas, dirigidas por un buen maestro (y no por una cocinera nacida en Stuttgart ó Galway). Una vez bien comprendidas las palabras hay que fijarlas en la memoria, repitiéndolas y no dejándolas escapar... — ¡Pero — objeta mi sabio compañero Enrique Poincaré — no se aprende el latín para preguntar á Cicerón el camino en un arrabal de Suburra! — De acuerdo, querido compañero. Pero tampoco diremos que el

discípulo sabe latín cuando sepa preguntar correctamente á Cicerón por las calles de Suburra; diremos nada más que ha dado un paso decisivo hacia el conocimiento del latín y que lo ha dado más rápidamente que por el sistema ordinario en las escuelas, sistema que obliga á llevar bajo el brazo un grueso diccionario.

» Una lengua puede muy bien haberse dejado de hablar y seguir siendo siempre « una lengua »; el órgano esencial de su transmisión es la lengua, la palabra humana; y es debilitar esta fuerza de transmisión hacer leer las palabras antes de comprenderlas y escribirlas antes de leerlas. En la época en que conocían el latín todas las personas cultivadas, servía de lengua usual en las escuelas. Y los maestros de las raras escuelas donde el método directo todavía se aplica al latín, proclaman que hacen bachilleres en tres años en vez de en diez.

» ¡Pero es que el método directo está muy desacreditado por las cocineras irlandesas y wurtemberguesas que son, ordinariamente, las encargadas de aplicarlo á los niños.

» Pongamos el siguiente axioma.

» *Para aplicarlo útilmente, el método directo exige un profesor muy instruido y una progresión que no sea arbitraria.*

» En efecto, no deben enseñarse al azar las palabras al discípulo. Enseñándolas siguiendo un orden lógico se gana mucho tiempo y no se abruma la memoria. La conversación no debe ser una conversación cualquiera ni el texto un texto cualquiera. Pero, sobre todo, cada frase entendida, leída, pronunciada debe ser objeto en seguida de observaciones gramaticales: de esta manera se forma en el espíritu del niño una gramática aprendida el mismo tiempo que el vocabulario... El otro día me irrité al abrir, al azar, la gramática griega de nuestro amigo Noel, gramática firmada por un profesor, por un joven sabio. Abrí el libro y leí el título: *Conjugaciones*. Y seguidamente encontré diez páginas de reglas y observaciones sobre los aumentos y dobles aumentos, sobre los pretéritos, sobre los verbos medios, sobre los terminados en *mi*, ¡sobre el diablo!... antes de mostrar al discípulo un sólo ejemplo de verbo... ¡Pero profesor de desgracia! (pensaba

yo); el discípulo que aprenda esas diez páginas será un monstruo de memoria. Yo desafío á cualquiera á que las aprenda. ¡ Enséñele y hágale aprender los verbos, introdúzcalos en las frases y entonces esas observaciones sobre los aumentos y las contracciones reposarán sobre algo concreto y significarán para él alguna cosa !

Este es, mis jóvenes amigos, el género de gramática que hay que encerrar bajo llave. Todas las gramáticas — ¡ ay ! — son así, todas menos una (en opinión mía); la gramática de Ahn. Ésta aplica estrictamente el precepto de enseñar por medio de ejemplos; la parte puramente gramatical se reduce á dos líneas de observaciones, de tarde en tarde, sobre el texto que se acaba de estudiar.

» Cuando conozcáis la lengua extranjera, como poco más ó menos se conoce á los siete años la materna, — es decir, que poseáis un amplio vocabulario y que las flexiones y giros os sean familiares, — entonces será tiempo (como se hizo con la lengua materna) de abordar el estudio analítico. Y también entonces podrá seros útil la gramática de ese profesor, á pesar de su mal método; porque os hablará de cosas que ya sabéis y encontraréis en vuestra memoria la corroboración práctica de su enseñanza... Entonces haremos traducciones y pondremos temas sobre textos lo bastante difíciles para ejercitar el famoso « espíritu de análisis » y el problema será doble : primero comprender bien el sentido — como en la frase de La Rochefoucauld — y, en seguida trasladar este sentido de una lengua á otra, cosa útil; pero, en suma, independiente de la ciencia que se posee de la lengua extranjera. Se puede, en efecto, comprender perfectamente una sátira de Juvenal y traducirla muy mal al francés. Son estos dos dones *distintos*, dos aprendizajes *distintos*, dos estudios *distintos*; sobre este punto llamo la atención de mi sabio compañero, el cual ha observado que muchas traducciones francesas de autores antiguos publicadas por latinistas ó helenistas excelentes, son completamente mediocres. Ello se debe á que estos doctos personajes eran pobres escritores franceses y para *traducir* al francés á Virgilio ó Teócrito no bastaba con *comprenderlos*.

Jorge hizo entonces la siguiente afirmación :

— Nos ha hablado usted, sobre todo, del aprendizaje del latín... ¿Hay que esperar á saber latín para comenzar á aprender las lenguas vivas?

— No, — repliqué. — Hay que esperar nada más á que el discípulo posea bien el método de aprendizaje, igual para todas las lenguas vivas ó muertas. Creo, por ejemplo, que hacia los trece ó catorce años, Pedro y Simona, dominarán este método y lo mejor será enviarles á continuar sus estudios (si es posible) un año en Inglaterra y otro en Alemania. Entonces seguirán el método de enseñanza directa en condiciones favorables : en un medio cultivado, intelectual. Si esta estancia en el extranjero no es posible, aprenderán el inglés y el alemán en Francia, como habrán aprendido el latín, pero con la diferencia de que es más fácil encontrar profesores que hablen bien el inglés ó el alemán que maestros que se expresen correctamente en latín. En resumen : nada más arduo que aprender una lengua extranjera; pero con el método que os recomiendo es cosa fácil.

Creerás, sin duda, querida Francisca, que los flamantes jugadores de *tennis* y los lechuguinos del *foot ball* comenzaban á juzgar mi homilía un poco larga. Pues nada de esto. En primer lugar no fué una homilía; no te doy aquí sino un frío resumen : imagina tú las interrupciones y protestas de que fué acompañada... Además, no obstante la seriedad del asunto, les interesaba porque no se trataba de una enseñanza montada *en el aire*, porque todavía estaban corridos del fracaso de su examen y porque las palabras que pronunciaba, en vez de presentarlas como una disertación académica, se referían á un hecho reciente, palpable. En esto reside el secreto de la enseñanza práctica.

Querían más; querían ideas sobre la enseñanza de la historia, de la geografía, de las ciencias físicas y matemáticas. No he de repetirte lo que les dije : ya conoces mis doctrinas; las has escuchado soltera (1) y te las repito en mi penúltima carta al hablar de Simona y Pedro.

(1) Véanse las primeras *Cartas á Francisca*.

La lluvia tuvo la gentileza de cesar al mismo tiempo que mi conferencia. Un rayo de sol amarillento, otoñal, vino á dorar los encuadernados lomos de los libros. Doy permiso á toda la bandada y escapan hacia los parques á buscar hongos.

Solamente Jorge permaneció á mi lado.

— ¿Será abusar de su amabilidad — me dijo — pedirle algunos instantes de conversación?

Subimos juntos á mis habitaciones. En mi próxima carta te diré lo que Jorge tenía que decirme.

CARTA VIGÉSIMACUATA

Mi amigo Jorge. — Confidencias. — Petrarca y Casanova. — El temperamento de los jóvenes franceses del día. — Méritos de Silvia. — Una evocación. — Escena á lo Juan Jacobo.

Ambleuse, 12 de septiembre.

No ignoras, querida Francisca, que mi joven huésped Jorge de Lespinat, sin ofrecer ninguno de los rasgos consagrados del « mozo guapo », tiene una figura encantadora. Uno de esos rostros tan raros en Francia, que expresan pensamiento activo y sentimientos robustos; un rostro que traduce la intensidad de la vida interior. Los cabellos negros, abundantes, partidos al lado, encuadrando con suntuosa negligencia un rostro mate, de gran frente árida, de líneas correctas, barbilla fina, nariz huesosa, rostro, en fin, cuya expresión sería ruda sin la ternura de la boca irregular, un poco fuerte; sin los ojos hundidos, de los cuales se hubiera dicho acertadamente en tiempo de M^{me} de Sévigné que eran « los más hermosos del mundo », al menos por su calor y su espíritu... Su madre — me ha dicho él — tenía estos ojos y este encanto ardiente, contenido, irresistible. De su padre ha heredado Jorge el talle hermoso de deportista, la gracia suelta de sus maneras, un timbre de voz bastante raro en la región berriana, la voz metálica de los meridionales. Se viste con cuidado, con tanto cuidado que, Guy Demonville, infinitamente más rebuscado en sus trajes parece, al lado de Jorge, un rastacuero. En una palabra: la vivísima simpatía que le dispensan las personas de tu sexo no debe sorprenderte, hasta cuando se trata de muchachas como las señoritas Demonville ó May